

LA MUJER Y EL GALGO

Ismael. A. Moreno

Image not found.

Capítulo 1

1

ALCOHOL, SEXO, VIDA

La fiesta era de lo más concurrida aquel año, cientos de personas, todas ataviadas con sus mejores ropas y joyas bailaban al son de una pegajosa melodía moderna, transformada por los músicos clásicos, donde sobresalía un joven y talentoso violinista.

La empresa había sacado a relucir todos sus moños, y luego de una serie de altercados con empleados que terminaron despedidos sin justificación, y una veintena de juicios, *IREFNOI Sociedad Anónima* había sido comprada por el magnate Chileno Silvano Domínguez, quien, para dar una buena impresión a sus nuevos lacayos argentinos, les ofrecía la fiesta a la que todos estaban acostumbrados, pero cien veces mejor. De hecho se había generado una enorme inversión que estuvo hasta en los más mínimos detalles, desde choferes en autos importados, hasta préstamos de joyas a las esposas y esposos de las más altas esferas empresariales. Del señor Domínguez, además del dinero, se decía que poseía un enorme corazón y que lo que menos le importaba era justamente el dinero y, en efecto, era cierto, más de medio millón de dólares habían sido desembolsados tan sólo para cubrir el acondicionamiento y refacción del viejo teatro abandonado, que hacía décadas que estaba cerrado a causa de problemas monetarios.

Del techo emergían delicadas ninfas y adonis (al mejor estilo Miguel Ángel) que giraban en el aire alrededor de una hermosa araña de cristal antiguo, que había sido rescatada de una vieja estancia de la Pampa.

Diego Alejandro, artista local, había sido el encargado de volver a la vida aquellos viejos frescos que ya estaban descascarados y sin color para cuando se pusieron manos a la obra. Había llevado una exhaustiva investigación con los pobladores más antiguos de la ciudad, que tenían fotografías de sus antepasados en aquel lugar, había estado horas escuchando las características de las pinturas (de mano de algunas pomposas ancianas que a pesar de haber perdido parte de su memoria, recordaban con claridad la época de apogeo del hermoso teatro y de esa obra de arte). Luego de escanear fotos y llevar apuntes en un pequeño cuaderno, comenzó a plasmar el boceto del fresco, en su computadora con programas digitales de edición. Una vez reconstruida la composición, la imprimió y la llevó al teatro donde, una vez que estuvo reparado, fue ayudado por varios proyectores que, a modo de sócalo, mostraban pedazos del fresco que uno a uno se iban uniendo para formar aquella

hermosa obra de más de veinte metros.

Fueron días bastante estresantes para el artista, ya que se había sumido en una enorme tarea con sólo un par de ayudantes; aunque contaba con poco tiempo, el dinero era lo suficientemente tentador como para no intentarlo, no sólo porque uno de los hombres más ricos de América se lo estaba requiriendo, sino también porque su reputación estaba en juego, y fallar en este trabajo sería ideal para sus competidores artísticos que siempre estaban rondando como buitres dando malas críticas en los diarios, opinando detalles que ni siquiera conocían.

— <<Locas de mierda, ni siquiera saben agarrar un pincel y vienen a hablar de mi trabajo y de mis colores>> —repetía mentalmente Diego con una sonrisa mientras trabajaba recostado en el andamio a varios metros de altura con sus auriculares inalámbricos puestos, con la música de los 80`s a todo volumen.

Por fortuna, los tiempos fueron concluidos con días de sobra, lo que ocasionó que celebrara esa noche con un hermoso sueño que perduró hasta las ocho de la noche del otro día mientras que el dinero era depositado en su cuenta bancaria. Los medios locales hicieron explotar la noticia de la proeza de aquel artista, lo que ocasionó que muchos museos de arte de Latinoamérica y Argentina le ofrecieran una plaza en su lista de profesionales en restauración. Diego se sentía muy feliz y tenía ahora al señor Domínguez como su mecenas, pues también había adquirido varias de sus pinturas porque se había "enamorado" de esos colores saturados y esas pinceladas estilo Impresionista que no había visto nunca.

Las mesas eran redondas y con mantel doble en color negro satinado y blanco perlado, donde relucían hermosos candelabros color cobre con velas de parafina perfumadas. Las servilletas eran a tono, negras o blancas y servían para que reposaran sobre ellos unos bellos cubiertos plateados. Había copas de agua y de vino, de un cristal tan transparentes que parecían esculpidas en hielo, sin olvidar a los platos que tenían una curiosa forma oval con bordes dorados, al parecer hechos a mano.

—Loquísimo que haya pasado todo esto —murmuró una pelirroja treintañera a su compañero de baile mientras se sentaban en las sillas luego de bailar frenéticamente gracias a la magia del joven violinista —¿no te pone contento?

—Mucho —le respondió aquel hombre de pelo castaño e imponentes ojos verdes —,nos vino como anillo al dedo. Casi nos quedábamos en la calle. Casi "me" quedaba en la calle.

La mujer le observó por unos segundos y le acarició la mano, él le sonrió y le dio un acalorado beso que fue la habladuría de varias personas a su alrededor, sobretodo de las mujeres mayores que estaban horrorizadas por aquel comportamiento "digno de animales en celo".

Un calor incipiente comenzó a crecer en sus cuerpos con cada nuevo beso, la saliva pasaba de un lado a otro en un frenético y excitante juego interior en donde las lenguas se acariciaban y enredaban mutuamente.

Era necesario irse de ahí, cuanto antes...

Los besos siguieron hasta alejarse lo suficiente de todos donde, y casi al completo oscuro entre viejos trastos y restos de tela, comenzaron a quitarse la ropa violentamente. Ella estaba con un corpiño y tanga rojas semitransparentes y él dejó lucir un espectacular suspensor violeta gracias a sus hermosos brazos y piernas musculosas.

—¡Gracias a Silvano! —murmuró ella mientras que aquella mole de músculos y deseos comenzaba a penetrarla de manera tan abismal que le hizo proferir los gemidos más profundos de toda su vida. Con cada excitante embestida ella apretaba más y más con sus perfectas uñas coloradas esos muslos duros y bronceados, clavándosele en la piel.

Segundos más tarde él la volteó y mientras le arrancaba el corpiño con los dientes le sujetó el pelo para "domarla" mientras le lamía la oreja, lo que ocasionó que ella explotara en un grito que afortunadamente fue acallado por la alta música de la fiesta.

Ambos quedaron tirados en el suelo, transpirados y agotados en plena oscuridad, riendo de su actitud adolescente. Él le besó la frente y ella se quedó sumergida en lo poco que podía ver de sus ojos.

Sebastián y Juana habían seguido al pie de la letra el consejo de la terapeuta que les dijo que no se reprimieran, y que si sentían ganas de expresar su amor, lo hicieran, fuese el lugar que fuese. Luego de varios años casados y de tener a su hijo, la vida íntima de ambos se había tornado tan oscura como el lugar en el que se encontraban en esos momentos. Ya no existía ese mismo deseo, ella se había tornado neurótica por las compras y por verse lo más perfecta posible, y él la siguió; por ello, y después de unos cuantos meses de estar entrenando a diario, pudo despedirse de aquellos kilos y flotadores de más que lo volvían tan poco estético, para quedar hecho un "machazo" como le gustaba decir a Juana.

La sabiduría de la especialista había podido poner un alto a esos comportamientos excesivos que cada dos por tres les generaban enormes peleas, la terapeuta era como un apósito que se adhirió a ellos antes de que la separación resultara inminente. Ahora estaban pasando por una etapa de "segundo enamoramiento" que había revivido la pasión que

alguna vez los había caracterizado.

En lo que llevaban este proceso, habían tenido sexo en el costado de la ruta en medio de la noche, en un baño de estación de servicio, en un aula de la escuela de su hijo después de salirse de una reunión una acalorada noche de noviembre y ahora en medio de pinturas y telas en aquel teatro.

Una vez vestidos, se arreglaron lo más que pudieron y volvieron con sonrisas cómplices a la concurrida fiesta mientras que las ancianas que antes les habían estado criticando les observaban acusadoramente adivinando lo que habían estado haciendo. A ellos no les importaba, se sentían radiantes.

La fiesta siguió su curso hasta pasadas las tres de la mañana, donde poco a poco, los cansados invitados fueron dejando las mesas vacías; en la de Sebastián y Juana había varias copas de vino y una botella a la mitad, el musculoso hombre se estaba atando los cordones de sus zapatos de vestir mientras esperaba a su esposa que había ido al baño a lavarse la boca, su gran fetiche era tomar el semen de su amado, pero siempre le ocasionaba luego de un tiempo un malestar estomacal que terminaba en arcadas. Él aquella noche le había sugerido que no lo hiciera pero la excitación de ambos había llegado a tal punto que no siguieron las reglas. De todas maneras, ahora Sebastián aprovechaba para tomar un poco de más, porque esa reacción de su esposa le hizo pensar en viejos estados estomacales que había tenido su esposa mientras ellos estaban al borde de la ruptura, lo que le hizo suponer que Juana lo había estado engañando en más de una ocasión.

Aunque había ido a terapia para vencer esos recuerdos que no había podido lapidar, era difícil que estuviese tranquilo mientras su vívida imaginación le mostraba a su esposa teniendo relaciones con otros hombres, quizás debía hacerle caso a su amigo Rodrigo y buscar algún pasatiempo que le despejara la cabeza y le relajara un poco.

— ¿Listo? Hoy manejo yo —agregó instantáneamente al ver que el alcohol ya había causado efectos en el bello rostro de su esposo.

—Lo que quieras, amor —los ojos se le habían enrojecido un poco y se notaba claramente que arrastraba las palabras.

Sebastián se puso de pie con la ayuda de su bella esposa, quien, mientras estaban camino de salida, pudo meterle la mano en los bolsillos y luego de palparle ese enorme miembro dormido, sacó las llaves del coche.

Ambos rieron, ella continuaba siendo la picarona adolescente de la que Sebastián se había enamorado.

Capítulo 2

2

ESE EXTRAÑO DESEO

El regreso estuvo tranquilo, solamente un mini embotellamiento cuando Juana giró en la Avenida Velázquez. Muchos adolescentes salían de un boliche en motos y autos pequeños, la mayoría con las ventanillas bajas, tratando de que el frío de la noche les quitara un poco la borrachera para poder llegar a sus hogares sin contratiempos.

Se ruborizó cuando recordó que de adolescente salía con sus amigas Tatiana y Andrea, donde el alcohol era sinónimo (al menos para ellas tres) de enorme diversión. Ahora era una profesional, una mujer en la mejor edad, esposa de un espectacular marido y madre de un pequeñito que amaba más que a nada; quizás extrañaba la lejana época en la que no existía ninguna clase de preocupación en su cabeza más que la escuela secundaria y salir los fines de semana, o revolcarse con su amigo Santiago cuando le urgían las ganas; pero no se quejaba, quizás era necesario ser madura y responsable.

En la radio del auto sonaba Poker Face de Lady Gaga, y mientras la tarareaba en voz baja para no molestar a su esposo que dormía con la cara pegada contra el vidrio fue bajando la velocidad del vehículo.

Una enorme casa amarilla de dos plantas y con jazmines en la entrada fue iluminada cuando Juana ingresó rápidamente por el garage de portón automático. El cielo estaba escupiendo los primeros rayos del día, y el rocío se extendía por el perfecto césped cortado, la ciudad comenzaba a despertar mientras que ellos se sumirían en un profundo sueño.

Un zumbido lejano comenzó a sonar más y más cerca, hasta que Sebastián abrió sus ojos repentinamente con un poco de molestia.

Se encontraba tirado en la cama, sin camisa, sólo luciendo los suspensores (los cuales en su experiencia de unos pocos meses había notado que eran terriblemente cómodos y muy sexys, mucho más que sus amados minibóxers). Los zapatos que había calzado la noche anterior en la fiesta estaban desparramados por el piso junto con los de su esposa, la ventana estaba entreabierta, y Sebastián se acercó a ella para ver de dónde venía el ruido: Allí debajo en el patio estaba trabajando César, el hijo de Omar, el amable septuagenario que siempre se dedicaba a trabajar con las plantas, podando aquí y colocando flores allá. Estaba terminando con un césped rebelde a manos de una motoguadaña a nafta,

a unos pocos metros Juana, que vestía unos desajustados jeans, remera de mangas cortas y cola de caballo, se le acercaba con una botella de agua congelada, el pelo de la mujer parecía de fuego bajo el sol. Ambos se sonreían e intercambiaron palabras; aunque Sebastián trató de aguzar el oído para distinguir algo, fue en vano, estaba a demasiada altura. El muchacho destapó la botella y dio brutos tragos para refrescarse, vestía un mameluco color caqui corto tipo short. Era bastante alto, tenía una cintura diminuta y una espalda ancha, lo cual le hacía lucir bastante atractivo vistiese lo que vistiese.

A Sebastián siempre le había molestado su sola presencia, porque en sus desvariados celos había imaginado que ése tipo (que no tenía ni la escuela secundaria completada), podía ligarse a su esposa si cuando quisiera; Juana siempre le recalcó que aquello era una locura, que ella no era una prostituta que se acostaba con cualquiera, pero esos pensamientos le rondaron por meses, hasta que finalmente sintió más seguridad de sí mismo al ponerse en forma, mentalizándose que era "irreemplazable".

Ahora los observaba y por una extraña razón le agradó ver a ese muchacho de facciones aniñadas y cuerpo de hombre fuerte cerca de su esposa. Se quedó contemplando detrás de las cortinas como una fiera antes de lanzarse sobre su presa, y su mente comenzó a imaginar que realmente entre aquellos dos había química, pero una química sexual. Casi pudo sentir los gemidos de su esposa cuando César le besaba apasionadamente el cuello. Imaginó que se quedaban desnudos, tirados en el césped recién cortado, sucios, mientras hacían el amor tan salvajemente como animales, a los gritos, sin importar lo que pudiesen ver u oír los vecinos. Sebastián sintió una enorme excitación que hizo que sus manos se deslizaran por su enorme miembro erecto, para que luego de uno o dos minutos terminara con la mano hirviendo y enchastrada por el viscoso líquido. La cabeza le daba vueltas. ¿Qué había sido todo aquello? Corrió al baño y se lavó la mano, se mojó la cara y luego se miró al espejo. Nunca en su vida imaginó que podría excitarse imaginando a su esposa teniendo sexo con otro tipo. Quizás se debiera al traspié de la separación que casi estuvo al borde de cumplirse como una oscura profecía. Se sentó en el inodoro y cerró los ojos, hacía unos meses había leído en un blog de matrimonios que esas cosas eran algunas de las fantasías sexuales que muchos esposos tenían, sólo para entrar en climax, pero muy pocos lograban concretar. Ni loco podría llevar eso a la realidad, pero sí que había dado un vuelco a su corazón al imaginar esos gemidos y esos particulares olores. Sería su secreto, no tendría el valor para comentarle eso a Juana, esperaba que su mente no le jugara otra pasada, no quería romper su matrimonio.

Luego de ducharse bajó, para ir directamente a la cocina, donde se encontró con Juana, que cortaba con ligereza unas rodajas de pan. Se oía la motoguadaña del jardinero, quien había avanzado en casi un noventa

por ciento.

—Pensé que estabas afuera —dijo tratando de parecer desinteresado, se acercó a la heladera y se sirvió un vaso de yogurt de frutilla.

—¿Afuera? —preguntó sorprendida.—¿Qué voy a estar haciendo afuera?

—Capaz le llevabas alguna herramienta a César...

—Le llevé agua hace rato —Juana colocaba varias rodajas sobre una placa metálica. —, no voy a estar toda la mañana haciendo trabajos que tiene que hacer el jardinero. ¿Me ves a mí ahí? —echó a reír.

—Serías la jardinera más hot...

Juana rió inocentemente.

—....toda transpirada, sin corpiño, con el pelo suelto, y la carita sucia —terminó por decir mientras le pasaba un pulgar por el vientre que fue detenido por su esposa antes de que descendiera a la zona de peligro.

Sebastián se le acercó y le besó salvajemente el cuello. Juana lo apartó cuando comenzó a sentir cosquillas.

—No me calientes ahora —dijo lamiéndose los labios —, que en cualquier momento puede llegar mi mamá con Benja...

—Dale —Sebastián la tomaba por la cintura y le daba un profundo beso. Por sus adentros deseaba que César se asomara por la ventana y los viera. —, un ratito.

—No. Mejor esperemos hasta la noche —miró al reloj que estaba en la pared. —.Voy a llamar a mamá para ver si le falta mucho.

—Ok —aceptó Sebastián. No sabía por qué pero estaba famélico, y dejó vacío al vaso de un trago—. Preguntale si come con nosotros.

La mujer salió rápidamente con su teléfono móvil en mano, Sebastián se tomó unos segundos para mirar de reojo al hijo del jardinero por una de las ventanas que daba al jardín: En el fondo deseó tener su edad, cualquiera a los veintitantos años es lindo, cualquiera puede formar su cuerpo en un par de semanas con internarse en un gimnasio, sin cuidarse demasiado en las comidas, cualquiera podía plantarse una bolsa de residuos en la cabeza y aún así verse bien, cualquiera podría comenzar una nueva vida, pero ya pasados los treinta, las cosas se volvían un poco diferentes. Sebastián había cometido varios errores en su vida, como casarse tempranamente por designios familiares, pero de lo que no estaba arrepentido era de su primogénito. Benjamín era la cosa más preciada

para él, incluso más que el gimnasio y la ropa interior de diseñador, con él había madurado en más de un sentido, había experimentado el punto más alto de ser hombre y marido. Aún recordaba con una sonrisa cuando era pequeño y él y Juana dormían poco y nada porque el niño se la pasaba llorando, y había que levantarse para moverle la cuna, ponerlo junto a su madre o prepararle una mamadera con leche cuando ésta no tenía dolores en los pezones. Un niño cambiaba todo.

Veinticinco minutos más tarde el timbre sonó y Sebastián dejó la computadora en la que leía las noticias matutinas para correr a la puerta: Una señora muy coqueta de pelo ondulado entre gris y rubio le sonreía, llevaba de la mano a Benjamín, un mocoso regordete de pelo castaño y llameantes ojos de color verde, firma indiscutible de que era Ardiles de pura cepa.

La señora pasó inmediatamente a la casa junto al niño que ya se le había adelantado.

—Perdón por el atraso —se disculpó tirando sobre un sofá la cartera morada que llevaba colgada en el hombro izquierdo. — se me antojó un helado y sabés que es mi debilidad.

—No hay problema, Regina —respondió Sebastián cerrando la puerta tras ella y besando en los mofletes al pequeño, que inmediatamente trató de quitarse de encima a su padre—, que no se entere Juana, sino la mata.

—Dico, dico helado, pá. Le puse chocodate.

— ¿Si? ¡Wow, yo quiero!

—Un heladito de vez en cuando no hace mal a nadie —le respondió la señora en voz baja con una sonrisa y mirando hacia atrás por si aparecía su hija—, la diabetes no le gana a una vieja zorra como yo. Benja tomó uno de limón, le encanta el limón, no sé por qué. Ah, por cierto, habría que llamar a la policía.

—¿A la policía? ¿por?

—Da señoda —respondió Benjamín, que encontraba un juguete de auto de policía junto a un macetón negro y se ponía a jugar en el suelo.

—Una pordiosera —agregó Regina frunciendo los labios; tomó su cartera y sacó de ella un frasquito miniatura de Chanel N° 5 y se lo hechó al menos unas seis veces—, seguro que anda en el barrio pidiendo comida, supuestamente en las periferias funcionan comedores donde sé que les da a esa gente un buen plato de comida de día y de noche —volvió a colocarse un poco de perfume y Sebastián se alejó—. A no ser que la plata que dono a caridad sea robada por el intendente, ya sabés cómo son los

políticos de nuestro país, no se puede confiar en nadie. Yo por las dudas llamaría a la policía o a Seguridad Ciudadana, hasta podría estar enferma, quién sabe.

—¿En dónde estaba?

Sebastián se aproximó al enorme ventanal y miró por entre las cortinas a la calle, conocía de sobra a su suegra y no le extrañaba que estuviera exagerando un poco.

—Acá a la vuelta —afirmó. —Encima andaba con un perro sucio y pulgoso.

—Voy a ver —Inmediatamente su yerno salió para ver si la localizaba.

—¿Pulgoso? —Juana aparecía con una toalla envolviendo su cabello húmedo y tomando en sus brazos al pequeño que empezaba a gritar de emoción—. ¿quién es pulgoso?